

La Biblia envenenada

(Fragmentos)

Barbara Kingsolver

Dios mío Dios mío, lo que nos espera, fue lo que pensé del Congo en cuanto aterrizamos. Se supone que tenemos que ser aquí los mandamases, pero no me parece que vayamos a dar muchas órdenes, ni sé si podremos hacer lo que queramos. Padre había planeado una gran reunión para rezar como ceremonia de bienvenida, para probar que Dios nos había seguido hasta aquí y quería que nos quedáramos. Pero cuando nos bajamos del aeroplano y recorrimos con paso vacilante el campo de aterrizaje con nuestras bolsas, los congoleños nos rodearon – ¡Dios del cielo!– entonando sus cánticos. Encantador. Nos fumigaron con el olor de sus cuerpos sudorosos. Lo que debería haber metido en mi bolso eran esas almohadillas desodorantes que duran cinco días. Miré a mi alrededor buscando a mis hermanas para decirles: “Ade, Leah, ¿no les alegra usar Dial? ¿No les gustaría que todos lo usaran?” No veía a una de las gemelas, pero divisé a Ruth May a punto de desmayarse por segunda vez en lo que iba de día. Tenía los ojos casi completamente en blanco. No sé qué le pasaba, pero sí sé que ella lo combatía con todas sus fuerzas. Ruth May es una niña sorprendentemente terca para tener sólo cinco años, y no le gusta perderse ninguna juega. Madre le cogió la mano, y también la mía, algo que yo no habría tolerado de ninguna manera de haber estado en Bethlehem, nuestro pueblo. Pero aquí, con todo este alboroto, nos habríamos perdido, pues esa enorme y negra marea humana nos arrastraba. ¡Y la tierra, bueno! Había tierra por todas partes, una especie de polvillo rojo, y yo que llevaba mi mejor vestido, el de lino verde. Sentía cómo se me llenaba el pelo de tierra, y lo tengo muy rubio, por lo que es propenso a ensuciarse. Chico, menudo lugar. Ya estaba afligida al pensar en los retretes de asiento y las ropas lavadas a máquina y otras sencillas cosas de la vida que una da por sentadas. La gente nos empujaba a toda prisa hacia una especie de patio abierto y techado, que resultó ser la iglesia de nuestro padre. Lo que nos faltaba, una iglesia hecha de barro. Pero aquel día no tocaba servicio religioso, dejen que se los diga. Acabamos allí, en medio del gentío, bajo el techo de paja, y yo casi grité cuando me di cuenta de que la mano que tenía entre la mía no era la de mamá, sino una gruesa garra morena ¡de un desconocido! La persona en quien confiaba había desaparecido. Solté la mano enseguida, y la tierra giró bajo mis pies. Miré a mi alrededor presa del pánico, como Black Beauty atrapada entre las llamas.¹ Finalmente divisé la blusa blanca de mi madre, como una bandera de rendición, ondeando cerca de Padre. Luego, una por una, encontré las formas color pastel de mis hermanas, como globos para una fiesta, sólo que en la fiesta equivocada. Dios mío Dios mío. En ese momento supe que ya no había esperanza. Padre, por otro lado, probablemente se sentía profundamente satisfecho, de pies a cabeza. Alababa a Jesús por esas circunstancias a cuya altura todos tendríamos que estar. Necesitábamos cambiarnos urgentemente –la ropa interior y exterior extra que llevábamos se hacía cada vez más pesada–, pero no tuvimos la menor oportunidad. Ninguna. Simplemente fuimos empujados por aquel pandemónium pagano. No tengo ni idea de dónde habrían ido a parar nuestras maletas y nuestras bolsas de tela. Mi aro de bordar y un par de tijeras dentadas, que iban dentro de una funda de hule, me colgaban del cuello, amenazándome a mí y a los demás en medio de todo aquel ajetreo. Al final nos dejaron sentarnos, tan apretados que no podíamos estarlo más, en un banco grasiento hecho de bastos troncos, frente a una mesa. Día uno en el Congo, y mi flamante vestido de hilo verde hiedra, acampanado y de botones cuadrados de madreperla, ya estaba hecho un desastre. Estábamos tan estrechos que no había sitio para respirar, si es que pretendías hacerlo, pues lo más posible es que contrajéramos todos los gérmenes que existían en ese lugar. Otra cosa que deberíamos haber

traído: Listerine. Un cincuenta y cinco por ciento menos de resfriados. Un rugido de voces y de cantos de extraños pájaros me bombardeaban los oídos y me atiborraban la cabeza. Soy muy sensible a cualquier tipo de ruido, y eso y aquella luz tan brillante me daban dolor de cabeza, aunque el sol, al menos, había bajado un poco. De otro modo probablemente habría seguido el ejemplo de Ruth May y me habría desmayado o vomitado, sus dos grandes hazañas del día. Sentía un pellizco en la nuca, y el corazón me batía como un tambor. Habían encendido una horrorosa y rugiente hoguera en un extremo de la iglesia. Un humo grasiento flotaba sobre nuestras cabezas como una red bajo el techo de paja. El olor era tan fuerte que cualquier animal conocido se habría ahogado. En el interior de aquel fuego de un vivo naranja distinguí la silueta de una cosa oscura que daba vueltas y estaba atravesada de parte a parte, con sus cuatro rígidas patas abiertas, como pidiendo ayuda. Mi intuición femenina me dijo que mi destino era morir allí y esa vez, sin que ni siquiera mi madre me pusiera la mano en la frente para ver si sudaba. Pensé en las escasas ocasiones en que había intentado –lo admito– provocarme fiebre para no tener que ir a la escuela o a la iglesia. Ahora un verdadero fuego me golpeaba las sienes, todas las fiebres que había deseado tener me invadían por fin. Enseguida comprendí que el pellizco de la nuca era Madre. Nos tenía a las cuatro al alcance de sus largos brazos: Ruth May, yo y mis hermanas Leah y Adah, Ruth May era muy pequeña, desde luego, pero Leah y Adah eran una gemelas de buen tamaño, aunque Adah era la más baja a causa de su problema. Cómo Madre había conseguido hacerse con nosotras cuatro es algo que no entiendo, desde luego. Y el latido de mi corazón no era mi corazón, descubrí por fin, sino los tambores. Los hombres tocaban unos grandes tambores que parecían troncos, y las mujeres cantaban con una voz temblorosa y aguda, como pájaros que se han vuelto locos por la luna llena. Cantaban en su idioma, y había un líder que llevaba la voz cantante, mientras que el resto del grupo le respondía a coro. Eran unos cánticos tan raros que tardé un buen rato en darme cuenta de que seguían las melodías de dos himnos cristianos: “Adelante soldados de Cristo” y “Qué amigo tengo en Jesús”, que me pusieron los pelos de punta. Supongo que tienen derecho a cantarlos, pero la cosa es que, justo delante de nuestros ojos, algunas mujeres que estaban junto al fuego tenían el pecho desnudo, como un huevo de arrendajo. Algunas bailaban, y otras simplemente cocinaban, como si el estar desnudas no fuese nada especial. Iban de un lado a otro con pucheros y marmitas, todas con el pecho desnudo y sin la menor vergüenza. Estaban muy atareadas con el animal que había en el fuego, arrancándole trozos de carne y mezclándolos con algo que humeaba en una marmita. Cada vez que se inclinaban, sus pesados pechos oscilaban como globos llenos de agua. Mantuve los ojos apartados de ellas, y de los niños desnudos que se aferraban a sus largas faldas. Yo no dejaba de mirar a Padre, preguntándome: ¿Soy la única que se ha quedado boquiabierta? Padre tenía esa expresión, los ojos apretados, la mandíbula rígida, como cuando empieza a enfadarse, aunque nunca sabes cómo va a acabar la cosa. Casi siempre de alguna manera que preferirías no ver. Después de un buen rato de jarana, de oírles cantar esos –por llamarlos de alguna manera– himnos una y otra vez, el animal sacrificado ya estaba fuera del fuego, y lo habían colocado en una especie de sartén, por así decir, mezclado con una salsa grisácea y humeante. Comenzaron a dejar caer algunos trozos en unos platos o boles de hojalata que colocaron delante de nosotros. Nos dieron unas cucharas que eran en realidad viejos cucharones de metal, y supe que jamás me las llevaría a la boca. Tengo la boca muy pequeña, y me están empezando a salir las muelas del juicio. Miré a mi alrededor buscando a alguien que tuviera una cuchara de verdad, pero he aquí que los únicos que tenían algún tipo de cuchara éramos nosotros. Ni me atreví a suponer lo que los demás pretendían hacer con la comida. Casi todos esperaban a que les sirvieran, como pájaros en el desierto. Levantaban sus boles de metal vacíos, o tapacubos o lo que fueran, y alegremente los golpeaban como tambores. Sonaba como una orquesta de chatarra, pues todos los platos eran distintos. Ruth May tenía una taza muy chiquita, y yo sabía que eso la molestaría, pues la haría parecer más pequeña. En medio de todo ese maremágnum, alguien estaba hablando inglés. Me di cuenta de pronto. Era casi imposible saber lo que estaba pasando, pues todos los que nos rodeaban seguían cantando,

bailando, golpeando los platos, agitando los brazos adelante y atrás, como árboles en un huracán. Pero junto a la hoguera donde estaban cocinando había un hombre negro como el carbón con una camisa amarilla, las mangas arremangadas, gesticulando hacia nosotros y aullando a pleno pulmón: –¡Bienvenidos! ¡Les damos la bienvenida! Había otro hombre detrás de él, mucho más viejo y vestido de manera rarísima, con un alto sombrero y gafas y un vestido de tela drapeada, que blandía la cola de un animal adelante y atrás. Vociferó algo en su idioma y todos comenzaron a cerrar el pico. –¡Bienvenidos a nuestro banquete, reverendo, señora Price e hijas! –gritó el más joven, el de la camisa amarilla–. Hoy hemos matado una cabra para celebrar su venida. Pronto sus tripas estarán llenas de nuestro fufu pili-pili. Y en esto, vaya, las mujeres semidesnudas que había detrás de él prorrumpieron en aplausos y vítores, como si ya no pudieran contener el entusiasmo que sentían por la cabra muerta. – Reverendo Price –dijo el hombre–, por favor, ofrézcanos unas palabras de agradecimiento por este banquete. Le hizo señal a Padre de que se adelantara, pero al parecer, Padre no necesitaba invitación. Ya estaba de pie, bien alto sobre su silla, y parecía medir tres metros. Iba en mangas de camisa, algo que tampoco es raro de ver, pues es de esos hombres que se sienten cómodos con su cuerpo, y cuando se acalora durante el sermón acaba quitándose la chaqueta. Llevaba los pantalones negros bien apretados con el cinturón, pero su pecho y sus hombros parecían enormes. Casi había olvidado que bajo su camisa blanca y limpia llevaba un montón de armas mortales. Lentamente, Padre levantó un brazo por encima de su cabeza, como uno de esos dioses que había en época de los romanos, a punto de enviarte rayos y truenos. Todo el mundo levantó la mirada hacia él, sonriendo, dando palmas, agitando los brazos sobre la cabeza, los pechos desnudos y todo. Entonces Padre comenzó a hablar. Pero no fue tanto un sermón como una tormenta. –El señor cabalga –dijo, en voz baja y amenazante– sobre una veloz nube, y entrará en Egipto. ¡Hurra!, gritaron todos, pero yo sentía un nudo en el estómago. Chico, tenía ese aspecto de Aquí vuelve Moisés del Monte Sinaí con diez nuevas maneras de amargarte la vida. –En Egipto –gritó, con ese sonsonete de predicador que sube y baja, y luego sube más y baja más, adelante y atrás como una sierra cortando un tronco–, y en cada rincón de la tierra donde Su luz –Padre hizo una pausa, mirando furioso a todos cuantos le rodeaban–, donde Su luz todavía no se ha posado. Hizo una pausa para respirar y comenzó de nuevo, balanceándose ligeramente mientras salmodiaba: –El Señor fue allí en la persona de Sus ángeles, Sus emisarios de santidad en las ciudades de las llanuras, donde Lot moraba entre los pecadores. Los vítores aminoraban. Ya había captado la atención de todos. –Y Lot les dijo a los pecadores que se agolpaban a su puerta, se los suplico, hermanos, no hagan esta maldad. Pues los pecadores de Sodoma apretaban su mala fe contra la entrada de su casa. Me estremecí. Naturalmente, conocía el capítulo 19 del Génesis, que nos hacía copiar de vez en cuando. Detesto la parte en que Lot ofrece a sus propias hijas vírgenes a la turbamulta de pecadores, para que hagan con ellas lo que quieran, se olviden de los ángeles de Dios que están en su casa y los dejen en paz. ¿Qué clase de trato es ese? Y su pobre esposa, encima, acabó convertida en estatua de sal. Pero Padre pasó todo eso por alto y fue directamente a las terribles consecuencias: –Los emisarios del Señor castigaron a los pecadores, que habían venido despreocupados a la vista del Señor, despreocupados en su desnudez. Y en ese momento calló, y se quedó absolutamente inmóvil. Extendió una de sus enormes manos hacia la congregación, acallándolos. Con la otra señaló a una mujer que había junto al fuego. Sus grandes y largos senos estaban aplastados contra su pecho, como si les hubiesen pasado la plancha, pero eso no parecía preocuparle. Tenía a un niño de largas piernas a horcajadas sobre la cadera, y con la mano libre le rascaba el pelo corto. Miró a su alrededor nerviosamente, pues todos los pares de ojos allí reunidos habían seguido la mirada acusadora de Padre, que se había posado en su desnudez. Flexionó y estiró las rodillas, colocándose el niño un poco más arriba. El niño inclinó la cabeza. El pelo le asomaba en penachos rojizos y parecía aturdido. Durante un silencio que pareció durar una eternidad la madre permaneció allí, en el centro de atención de todos, recogiendo la cabeza hacia atrás con miedo y perplejidad. Finalmente dio media vuelta, cogió un largo cucharón de madera y se

puso a remover el estofado de la olla. ¡La desnudez –repitió Padre– y la oscuridad del alma! Pues destruiremos este lugar donde el gran clamor de los pecadores es grande ante el rostro del Señor. Todos dejaron de cantar y vitorear de inmediato. Entendieran o no el significado de “gran clamor”, no se atrevían a hacer ninguno. Ni siquiera respiraban, o eso me parecía. El tono de voz de Padre era de lo más eficaz, pueden creerme. La mujer que llevaba al niño en la cadera seguía dándonos la espalda, mientras se ocupaba de la comida. –Y Lot fue y habló a los que eran dignos. –Ahora Padre utilizaba su tono más calmado–. Y Lot les dijo: “¡Levántense! ¡Salgan de este lugar de oscuridad! ¡Levántense y vengan a una tierra de luz!” ¡Oh, Señor, permítenos orar! –concluyó, regresando repentinamente al suelo–. Señor, concédenos que aquellos que están entre nosotros y son dignos se alcen sobre la iniquidad y salgan de la oscuridad para entrar en la maravillosa luz del Padre Eterno. Amén. Bueno, lo único que se podía hacer era hincarle el diente a eso. Bajo la atenta mirada de todos los allí presentes, mis hermanas y yo cogimos los grandes cucharones de metal. La comida que nos pusieron delante era un estofado que sabía a pura nada, solo unos terrones húmedos que tendría que masticar hasta ablandarlos. Pero en cuanto me tragué el primer bocado, e se convirtió, lentamente, en algo que me abrasaba la lengua. Me quemaba los tímpanos desde dentro. Me empezaron a salir lágrimas y no podía tragar. Tuve la sensación de que, para una niña que lo único que deseaba era celebrar una fiesta para su dieciséis cumpleaños y tener un conjunto de mohair color rosa, aquello no era más que el principio de un auténtico drama. Ruth May se ahogó con grandes aspavientos y puso una cara horrible. Madre se inclinó hacia delante, pensé que para darle unos golpecitos en la espalda, pero en lugar de eso nos susurró, con una voz horrible y siseante; –Chicas, sean educadas, ¿me han oído? Lo siento, pero como escupan lo que tienen en la boca, les daré una paliza de muerte. ¡Y eso lo decía Madre, que jamás en la vida nos había puesto la mano encima! Oh, la veo como si fuera ayer, nuestra primera noche en África. Estaba allí sentada respirando por la nariz, reteniendo en la boca algo horroroso que quemaba y que iba acompañado de los pelos tiesos del pellejo de la cabra muerta. Apreté los ojos, pero aún así me seguían cayendo las lágrimas. Lloré por los pecados de todos los que habían traído a mi familia a esa orilla espantosa y oscura.